

1ª LECTURA Profeta Isaías 52, 13-53, 12

Mirad, mi siervo tendrá éxito, subirá y crecerá mucho.

Como muchos se espantaron de Él, porque desfigurado no parecía hombre, ni tenía aspecto humano; así asombrará a muchos pueblos: ante Él los reyes cerrarán la boca, al ver algo inenarrable y contemplar algo inaudito.

¿Quién creyó nuestro anuncio? ¿A quién se reveló el brazo del Señor? Creció en su presencia como un brote, como raíz en tierra árida, sin figura, sin belleza. Lo vimos sin aspecto atrayente, despreciado y evitado por los hombres, como un hombre de dolores, acostumbrado a sufrimientos; ante el cual se ocultan los rostros, despreciado y desestimado.



Él soportó nuestros sufrimientos y aguantó nuestros dolores; nosotros lo estimamos leproso, herido de Dios y humillado, traspasado por nuestras rebeliones, triturado por nuestros crímenes. Nuestro castigo saludable vino sobre Él, sus cicatrices nos curaron. Todos errábamos como ovejas, cada uno siguiendo su camino, y el Señor cargó sobre Él todos nuestros crímenes.

Maltratado, voluntariamente se humillaba y no abría la boca, como un cordero llevado al matadero, como oveja ante el esquilador, enmudecía y no abría la boca. Sin defensa, sin justicia, se lo llevaron.

¿Quién meditó en su destino? Lo arrancaron de la tierra de los vivos, por los pecados de mi pueblo lo hirieron.

Le dieron sepultura con los malhechores, porque murió con los malvados, aunque no había cometido crímenes, ni hubo engaño en su boca.

El Señor quiso triturarlo con el sufrimiento. Cuando entregue su vida como expiación, verá su descendencia, prolongará sus años; lo que el Señor quiere prosperará por sus manos. A causa de los trabajos de su alma, verá y se hartará, Con lo aprendido mi Siervo justificará a muchos, cargando con los crímenes de ellos.

Por eso le daré una parte entre los grandes, con los poderosos tendrá parte en los despojos, porque expuso su vida a la muerte y fue contado entre los pecadores, y Él tomó el pecado de muchos e intercedió por los pecadores.

SALMO RESPONSORIAL

V/ Padre a tus manos encomiendo mi espíritu.

A Ti, Señor, me acojo:
no quede Yo nunca defraudado;
Tú que eres justo,
ponme a salvo.
A tus manos
encomiendo mi espíritu:
Tú, el Dios leal, me librarás.

Soy la burla
de todos mis enemigos,
la irrisión de mis vecinos,
el espanto de mis conocidos:
me ven por la calle
y escapan de Mí.



Me han olvidado como a un muerto,
me han desechado
como a un cacharro inútil.
Pero Yo confío en Ti, Señor,
te digo: "Tú eres mi Dios".

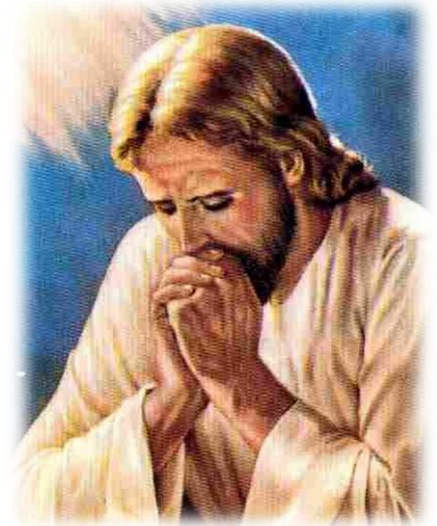
En tu mano están mis azares:
líbrame de los enemigos
que me persiguen.
Haz brillar tu Rostro sobre tu Siervo,
sálvame por tu misericordia.

Sed fuertes y valientes de corazón,
los que esperáis en el Señor.

2ª LECTURA: Carta a los Hebreos 4, 14-16; 5,7-9

Tenemos un Sumo Sacerdote que penetró los Cielos - Jesús el Hijo de Dios-. Mantengamos firmes la fe que profesamos. Pues no tenemos un Sumo Sacerdote que no pueda compadecerse de nuestras flaquezas, sino probado en todo igual que nosotros, excepto en el pecado. Acerquémonos, por tanto, confiadamente al trono de gracia, al fin de alcanzar misericordia y hallar gracia para ser socorridos en el tiempo oportuno.

Pues Cristo, habiendo ofrecido en los días de su vida mortal ruego y súplicas, con poderoso clamor y lágrimas, al que podía salvarle de la muerte, fue escuchado por su actitud reverente, y aun siendo Hijo, con lo que padeció experimentó la obediencia; y llegado a la perfección se convirtió en causa de salvación eterna para todos los que le obedecen.



EVANGELIO: Ju 18,1-19,42

Dicho esto, pasó Jesús con sus discípulos al otro lado del torrente Cedrón, donde había un huerto, en el que entraron él y sus discípulos. Pero también Judas, el que le entregaba, conocía el sitio, porque Jesús se había reunido allí muchas veces con sus discípulos. Judas, pues, llega allí con la cohorte y los guardias enviados por los sumos sacerdotes y fariseos, con linternas, antorchas y armas. Jesús, que sabía todo lo que le iba a suceder, se adelanta y les pregunta:

“¿A quién buscáis?”

Le contestaron:

“A Jesús el Nazareno.”

Díceles:

“Yo soy.”

Judas, el que le entregaba, estaba también con ellos. Cuando les dijo: “Yo soy”, retrocedieron y cayeron en tierra. Les preguntó de nuevo:

“¿A quién buscáis?”

Le contestaron:

“A Jesús el Nazareno”.

Respondió Jesús:

“Ya os he dicho que yo soy; así que si me buscáis a mí, dejad marchar a éstos.”

Así se cumpliría lo que había dicho: “De los que me has dado, no he perdido a ninguno.” Entonces Simón Pedro, que llevaba una espada, la sacó e hirió al siervo del Sumo Sacerdote, y le cortó la oreja derecha. El siervo se llamaba Malco. Jesús dijo a Pedro:

“Vuelve la espada a la vaina. La copa que me ha dado el Padre, ¿no la voy a beber?”

Entonces la cohorte, el tribuno y los guardias de los judíos prendieron a Jesús, le ataron y le llevaron primero a casa de Anás, pues era suero de Caifás, el Sumo Sacerdote de aquel año. Caifás era el que aconsejó a los judíos que convenía que muriera un solo hombre por el pueblo.

Seguían a Jesús Simón Pedro y otro discípulo. Este discípulo era conocido del Sumo Sacerdote y entró con Jesús en el atrio del Sumo Sacerdote, mientras Pedro se quedaba fuera, junto a la puerta. Entonces salió el otro discípulo, el conocido del Sumo Sacerdote, habló a la portera e hizo pasar a Pedro. La muchacha portera dice a Pedro:

“¿No eres tú también de los discípulos de ese hombre?”

Dice él:

“No lo soy.”

Los siervos y los guardias tenían unas brasas encendidas porque hacía frío, y se calentaban. También Pedro estaba con ellos calentándose.

El Sumo Sacerdote interrogó a Jesús sobre sus discípulos y su doctrina. Jesús le respondió:

“He hablado abiertamente ante todo el mundo; he enseñado siempre en la sinagoga y en el Templo, donde se reúnen todos los judíos, y no he hablado nada a ocultas. ¿Por qué me preguntas? Pregunta a los que me han oído lo que les he hablado; ellos saben lo que he dicho.”

Apenas dijo esto, uno de los guardias que allí estaba, dio una bofetada a Jesús, diciendo:

“¿Así contestas al Sumo Sacerdote?”

Jesús le respondió:

“Si he hablado mal, declara lo que está mal; pero si he hablado bien, ¿por qué me pegas?”

Anás entonces le envió atado al Sumo Sacerdote Caifás.

Estaba allí Simón Pedro calentándose y le dijeron:

“¿No eres tú también de sus discípulos?”

Él lo negó diciendo:

“No lo soy.”

Uno de los siervos del Sumo Sacerdote, pariente de aquel a quien Pedro había cortado la oreja, le dice:

“¿No te vi yo en el huerto con él?”

Pedro volvió a negar, y al instante cantó un gallo.

De la casa de Caifás llevan a Jesús al pretorio. Era de madrugada. Ellos no entraron en el pretorio para no contaminarse y poder así comer la Pascua.

Salió entonces Pilato fuera donde ellos y dijo:

“¿Qué acusación traéis contra este hombre?”

Ellos le respondieron:

“Si éste no fuera un malhechor, no te lo habríamos entregado.”

Pilato replicó:

“Tomadle vosotros y juzgadle según vuestra Ley.”



Los judíos replicaron:

“Nosotros no podemos dar muerte a nadie.”

Así se cumpliría lo que había dicho Jesús cuando indicó de qué muerte iba a morir.

Entonces Pilato entró de nuevo al pretorio y llamó a Jesús y le dijo:

“¿Eres tú el Rey de los judíos?”



Respondió Jesús:

“¿Dices eso por tu cuenta, o es que otros te lo han dicho de mí?”

Pilato respondió:

“¿Es que yo soy judío? Tu pueblo y los sumos sacerdotes te han entregado a mí. ¿Qué has hecho?”

Respondió Jesús:

“Mi Reino no es de este mundo. Si mi Reino fuese de este mundo, mi gente habría combatido para que no fuese entregado a los judíos: pero mi Reino no es de aquí.”

Entonces Pilato le dijo:

“¿Luego tú eres Rey?”

Respondió Jesús:

“Sí, como dices, soy Rey. Yo para esto he nacido y para esto he venido al mundo: para dar testimonio de la verdad. Todo el que es de la verdad, escucha mi voz.”

Le dice Pilato:

“¿Qué es la verdad?”

Y, dicho esto, volvió a salir donde los judíos y les dijo:

“Yo no encuentro ningún delito en él. ³⁹ Pero es costumbre entre vosotros que os ponga en libertad a uno por la Pascua. ¿Queréis, pues, que os ponga en libertad al Rey de los judíos?”

Ellos volvieron a gritar diciendo:

“¡A ése, no; a Barrabás!”

Barrabás era un salteador.

Pilato entonces tomó a Jesús y mandó azotarle. Los soldados trenzaron una corona de espinas, se la pusieron en la cabeza y le vistieron un manto de púrpura; y, acercándose a él, le decían: “Salve, Rey de los judíos.” Y le daban bofetadas.

Volvió a salir Pilato y les dijo:

“Mirad, os lo traigo fuera para que sepáis que no encuentro ningún delito en él.”

Salió entonces Jesús fuera llevando la corona de espinas y el manto de púrpura. Díceles Pilato:

“Aquí tenéis al hombre.”



Cuando lo vieron los sumos sacerdotes y los guardias, gritaron:

“¡Crucifícalo, crucifícalo!”

Les dice Pilato:

“Tomadlo vosotros y crucificadle, porque yo ningún delito encuentro en él.”

Los judíos le replicaron:

“Nosotros tenemos una Ley y según esa Ley debe morir, porque se tiene por Hijo de Dios.”

Cuando oyó Pilato estas palabras, se atemorizó aún más. Volvió a entrar en el pretorio y dijo a Jesús:

“¿De dónde eres tú?”

Pero Jesús no le dio respuesta.

Dícele Pilato:

“¿A mí no me hablas? ¿No sabes que tengo poder para soltarte y poder para crucificarte?”

Respondió Jesús:

“No tendrías contra mí ningún poder, si no se te hubiera dado de arriba; por eso, el que me ha entregado a ti tiene mayor pecado.”

Desde entonces Pilato trataba de librarle. Pero los judíos gritaron:

“Si sueltas a ése, no eres amigo del César; todo el que se hace rey se enfrenta al César.”

Al oír Pilato estas palabras, hizo salir a Jesús y se sentó en el tribunal, en el lugar llamado Enlosado, en hebreo Gabbatá. Era el día de la Preparación de la Pascua, hacia la hora sexta. Dice Pilato a los judíos:

"Aquí tenéis a vuestro Rey."

Ellos gritaron:

"¡Fuera, fuera! ¡Crucifícale!"

Les dice Pilato:

"¿A vuestro Rey voy a crucificar?"

Replicaron los sumos sacerdotes:

"No tenemos más rey que el César."

Entonces se lo entregó para que fuera crucificado.

Tomaron, pues, a Jesús, y él cargando con su cruz, salió hacia el lugar llamado Calvario, que en hebreo se llama Gólgota, y allí le crucificaron y con él a otros dos, uno a cada lado, y Jesús en medio.

Pilato redactó también una inscripción y la puso sobre la cruz. Lo escrito era: "Jesús el Nazareno, el Rey de los judíos."

Esta inscripción la leyeron muchos judíos, porque el lugar donde había sido crucificado Jesús estaba cerca de la ciudad; y estaba escrita en hebreo, latín y griego. Los sumos sacerdotes de los judíos dijeron a Pilato:

"No escribas: "El Rey de los judíos", sino: "Este ha dicho: Yo soy Rey de los judíos"."

Pilato respondió:

"Lo que he escrito, lo he escrito."

Los soldados, después que crucificaron a Jesús, tomaron sus vestidos, con los que hicieron cuatro lotes, un lote para cada soldado, y la túnica. La túnica era sin costura, tejida de una pieza de arriba abajo. Por eso se dijeron:

"No la rompamos; sino echemos a suertes a ver a quién le toca."

Para que se cumpliera la Escritura: Se han repartido mis vestidos, han echado a suertes mi túnica. Y esto es lo que hicieron los soldados.

Junto a la cruz de Jesús estaban su madre y la hermana de su madre, María, mujer de Clopás, y María Magdalena. Jesús, viendo a su madre y junto a ella al discípulo a quien amaba, dice a su madre:

"Mujer, ahí tienes a tu hijo."

Luego dice al discípulo:

"Ahí tienes a tu madre."

Y desde aquella hora el discípulo la acogió en su casa.

Después de esto, sabiendo Jesús que ya todo estaba cumplido, para que se cumpliera la Escritura, dice:

"Tengo sed."

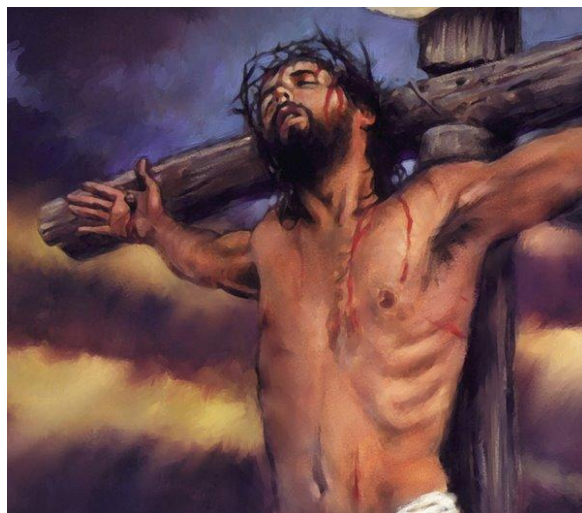


Había allí una vasija llena de vinagre. Sujetaron a una rama de hisopo una esponja empapada en vinagre y se la acercaron a la boca. Cuando tomó Jesús el vinagre, dijo:

“Todo está cumplido.”

E inclinando la cabeza entregó el espíritu.

Los judíos, como era el día de la Preparación, para que no quedasen los cuerpos en la cruz el sábado - porque aquel sábado era muy solemne - rogaron a Pilato que les quebraran las piernas y los retiraran. Fueron, pues, los soldados y quebraron las piernas del primero y del otro crucificado con él. Pero al llegar a Jesús, muerto, no le quebraron las piernas, sino que uno de los soldados le atravesó el costado con una lanza y al instante salió sangre y agua. El testimonio es que lo vio lo atestigua válido, y él sabe que dice la verdad, para que también vosotros sucedió para que se creaís. Y todo esto cumplió la Escritura: *hueso alguno*. Y dice: *Mirarán al que*



que también vosotros sucedió para que se creaís. Y todo esto cumplió la Escritura: *hueso alguno*. Y dice: *Mirarán al que*

Después de esto, José de Arimatea, que era discípulo de Jesús, aunque en secreto por miedo a los judíos, pidió a Pilato autorización para retirar el cuerpo de Jesús. Pilato se lo concedió. Fueron, pues, y retiraron su cuerpo. Fue también Nicodemo - aquel que anteriormente había ido a verle de noche - con una mezcla de mirra y áloe de unas cien libras. Tomaron el cuerpo de Jesús y lo envolvieron en vendas con los aromas, conforme a la costumbre judía de sepultar. En el lugar donde había sido crucificado había un huerto, y en el huerto un sepulcro nuevo, en el que nadie todavía había sido depositado. Allí, pues, porque era el día de la Preparación de los judíos y el sepulcro estaba cerca, pusieron a Jesús.